

8 PAGINAS
5
CÉNTIMOS

FIGARO

8 PAGINAS
5
CÉNTIMOS

ARTE * LITERATURA * ACTUALIDADES

Año II.—Núm. 13

OFICINAS Y TALLERES.
CALLE DE VALENCIA, 275 Y 277
BARCELONA

Miércoles 24 Febrero de 1904

SUSCRIPCION

ESPAÑA. . .—Seis meses. 1'75 pesetas
ID. . .—Un año. . . 3
EXTRANJERO.—Seis meses. 2'50 francos.
ID. . .—Un año. . . 4



CUARESMA

DE OJEO

Ya tenemos, gracias á Dios y á unos cuantos periódicos, otro gran poeta; don Antonio Zayas, inspiradísimo cantor de la fresca y perfumada Naturaleza. ¡Pobre Naturaleza!

He leído tres ó cuatro artículos ditirámicos sobre el libro *Paisajes*, del señor Zayas, y en estos artículos se copia ó se comenta una de las más hermosas producciones del afortunado vate: la titulada *El Pardo*, en la cual, según dicen, la inspiración se muestra gallarda y arrolladora.

Yo, que tengo ni lazareto literario, donde suelo poner en cuarentena las opiniones de la crítica barata, leo sosegadamente *El Pardo*, y veo con satisfacción que vivimos locos de remate: los versos del señor Zayas no valen ni para canto de ciego. ¡Oh, crítica bienaventurada!

Cualquier noticiero, del fuste intelectual de Arimón y Compañía, enjareta en un dos por tres un artículo de crítica, y ya tienes hecho hombre á nuestro distinguido compañero C. ó B. El distinguido compañero suele tener la cabeza luera; pero esto no reza con el arte ni le importa al crítico una castaña: el caso es que C. ó B. lea el bombo y vaya abriéndose camino ¡Pobrecito!

El señor Zayas describe maravillosamente, según imaginan los Arimones en cuyas manos ha caído *Paisajes. El Pardo* es un ejemplo vivo... Sí, muy vivo; basta leer esta composición para dar al traste con el entusiasmo poético! ¿Qué entenderán por poesía los Aristarcos rotativos?

Dice el cacareado poeta:

«Silencio. El sol gravita descolorido, tardo sobre la falda oscura de los montes del Pardo.»

Y vean ustedes lo que son las cosas. Ni el sol gravita sobre la falda de los montes, ni gravita descolorido, ni tardo, ni Zayas sabe siquiera lo que es gravitar. Supongo que lo de gravitar descolorido y tardo, lo dice el poeta porque se aproxima la hora del crepúsculo: el sol va á ocultarse y está descolorido, y envía su luz tardo; es decir, dos ideas absolutamente falsas; porque si al sol hemos de atribuirle color, debemos referir éste á los momentos en que lo aparenta: poco antes ó después del respectivo crepúsculo, y no como quiere el señor Zayas, que supone la cualidad de descolorido precisamente cuando el disco solar aparece coloreado con mayor fuerza. Vamos, una tontería.

Lo de tardo es una demostración de los conocimientos de Zayas en mecánica celeste. La tierra no modificará su movimiento por dar gusto á un poeta, y se reirá de los deplantes de don Antonio; pero los hombres, que vivimos en olor de vacuidad intelectual, hemos convenido ya en que los poetas no deben saber otra cosa que zurcir versos. La ignorancia es un noble adorno de la poesía.

Cree el señor Zayas que

«... el paisaje

viste de un orgulloso hidalgo el pobre traje.»

Y yo digo: Así se escribe, señor Zayas; con esa firmeza, con esa verdad y empuje de pensamiento. Si no fuera porque hay más de cuatro hidalgos orgullosos que visten trajes riquísimos, y si no fuera porque se cubren con traje pobre muchos prójimos que nada tienen de orgullosos ni de hidalgos, la comparación vendría como anillo al dedo. ¿De dónde ha sacado el señor Zayas que el hidalgo orgulloso haya de ser necesariamente pobre? ¿Dónde ha aprendido ese pseudo poeta que el hidalgo es por fuerza orgulloso? Cuando Zayas necesite un hidalgo que sea modelo de orgullo y estampa de la pobreza, tómelo en buen hora; pero ¡por Dios! no generalice, porque el símil se truca en desatino...

«El paisaje de gesto viril, grave y profundo, por do en pos de los gamos iba Carlos segundo...»

El paisaje que el viento del Guadarrama enfría severo á lo mañana y al despedirse el día...»

Si esto es escribir maravillosamente, que venga Laserna y lo vea... ¿Qué apostamos á que Zayas no sabe tampoco lo que es paisaje?

¡Como si lo viera!

Pelayo Vizúete.

Los ladrones

Hace tiempo, no sé cuanto, el Pelón y su cuadrilla estaban siendo el espanto de los campos de Castilla, donde sin miedo á un azar, vivían tranquilamente, dedicándose á robar á todo bicho viviente.

Y en eterna correría por el monte y por el llano, no se les pasaba día sin dar un golpe de mano.

Era el Pelón un bandido ya célebre en la nación,

porque no había tenido rival en su profesión, siendo en muchas ocasiones la envidia de sus cofrades, ¡porque también los ladrones tienen sus celebridades!

Y es público y es notorio que todos sus compañeros eran la crema, el emporio del ramo de bandoleros.

¡Pues poco que se fijaba en este punto el Pelón! ¡Como que allí no se entraba más que por oposición!

Sucedió que la cuadrilla entró una noche á robar cierta casa de la villa, que no hay para qué nombrar, y lo hizo de tal manera, con suerte fan envidiable, que el golpe fué de primera, el negocio inmejorable.

¡Qué golpe aquél! ¡Qué derrocho de audacia en su ejecución! ¡Bien se portó aquella noche

la cuadrilla del Pelón!

Después, procediendo tal y como estaba acordado, hizo entrega cada cual de lo que había robado;

pero ocurrió que un ladrón cometió la felonía de guardarse un medallón de lo que robado había.

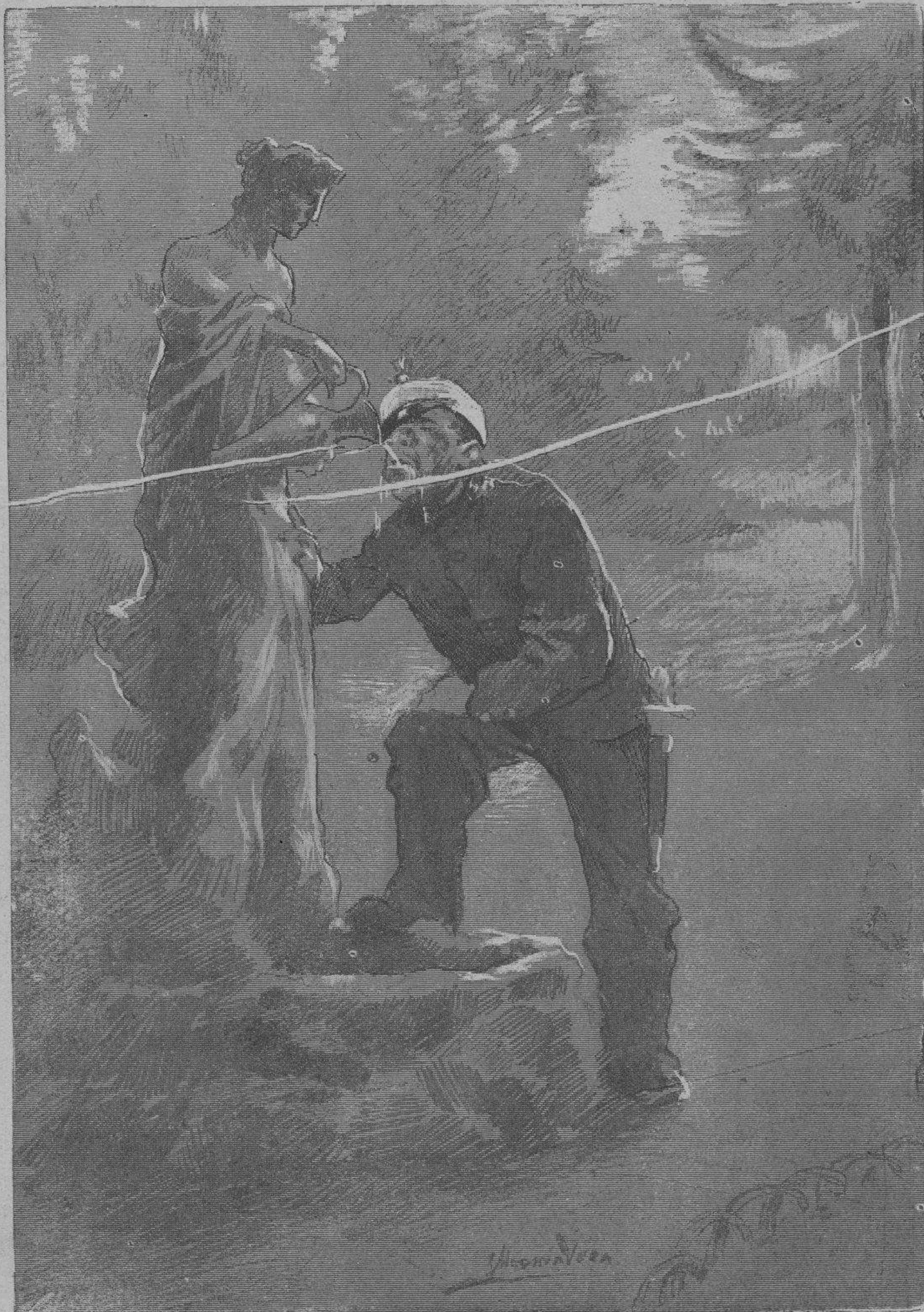
Súpolo inmediatamente el Pelón, y hecho una fiera, congregó á toda su gente y la habló de esta manera:

«Compañeros, he sabido que en nuestra corporación hay uno que ha cometido un robo. (Estupefacción.)

Y como lo que éste ha hecho atenta al compañerismo, en uso de mi derecho ordeno y mando que hoy mismo, de mi cuadrilla se vaya ese que así nos mancilla, ¡porque no quiero que haya ladrones en mi cuadrilla!»

Manuel Soriano.

NOTA ARTÍSTICA



DAR DE BEBER AL SEDIENTO

LOS CORTOS DE VISTA



—¡Vaya una cabeza que tiene aquél!

—¡Si no era suyo el sombrero!

Mangas y capirotos

¡Pulvis es!... El Carnaval pasó, como pasa todo, y hoy recordamos que es lodo cuanto es placer terrenal.

Dióse ya por terminada la delirante alegría, la carnavalesca orgía de la semana pasada, y de aquellas peregrinas tardes de zambra y jaleo, ya no quedan, según creo, señales... ni serpentinas.

Carnestolendas pasó, cual todo en el mundo pasa: pusimos al placer tasa si es que alguno lo gozó, y, acatando la medida con que la iglesia convida, pensamos que hay otra vida después de esta vida impura.

Recordamos con afán que somos—por mí lo digo—«los que el eterno castigo de Dios aguardando están»; y llenos de unción divina, puesto que tanto pecamos, con ardor nos entregamos al rezo... y á la sardina.

De fe con sublime exceso, pecadoras y contritas, ¡ay! aquellas mascaritas que fueron nuestro embeleso, con un rostro peregrino y gracejo extraordinario, irán al confesonario á implorar perdón divino; y á los pies del confesor, que estará, cual yo me sé, el cristiano *yo* *pequé* entonarán con fervor; prometiendo, con notoria candidez, *no más pecar*, y no volver á bailar... hasta el sábado de Gloria...

Ya la Cuaresma está aquí con sus viernes importunos de abstinencias y de ayunos y pues lo dispone así, acatemos con valor de nuestra iglesia el consejo. ¡Vuelva á nos el abadejo y el potaje redentor!

Júzganse en España con cierto optimismo los vientos que corren de militarismo.

¡Quién sabe si pronto se conquistará nuevamente aquello que perdido está!

A mí me entusiasman esas aficiones, y en mi alma producen gratas sensaciones.

El maüser, la lanza, el sable, el cañón, marchar á campaña,

entrar en acción; al fiero enemigo batir rudamente, tomar una plaza que no es la de Oriente. ¡Qué emoción tan dulce! ¡Qué grato placer gritar con denuedo «morir ó vencer!» Con ese indomable valor espartano, disfruta Linares, goza Valeriano,

y á Maura le gusta una atrocidad esa exagerada *militaridad*. Sigamos haciendo, con bravo heroísmo, continuos alardes de militarismo. Con el arma al brazo debemos estar. ¡Batallones!... ¡Firmes!... ¡Sobre el hombro!... ¡Mar!...
Paco Pico.

LA MOVILIZACIÓN



A Mahón, de guarnición, lo destinan, y por eso, con viva satisfacción, ella piensa que en Mahón se la podrá dar «con queso.»



— ¡Mi me revientan los japon... porque son de una raza inferior y no tienen el «físico» ni las «hechuras» que tenemos los europeos.

“Ganarás el pan...”

Segundo y último golpe

He leído *toda* la novela del señor Mata, y estoy tentado de enviar un anuncio a los periódicos, suplicando la busca y captura de la *novela*, del *asunto*, del *pan* y del buen sentido del tribunal literario que premió por unanimidad tan completa mamarrachada.

Sin chistes, sin ironía barata ni broza festiva; muy en serio, porque el asunto merece tratarse con seriedad, tengo el sentimiento de decir que «Ganarás el pan...» es una mamarrachada.

Ni el señor Mata es novelista, ni lo será nunca, ni su libro pasa de ser una colección de artículos muy malos, muy pedestres, completamente faltos de ideas elevadas, de estilo y casi de gramática. Los capítulos se suceden sin la debida ilación, a saltos caprichosos, en los cuales da el señor Mata quince y raya a los más célebres acróbatas; los personajes son de corcho; no hacen nada, no dicen nada: pasan por las páginas del libro, temblorosos y fugaces como las figuras de un cinematógrafo; el asunto no parece por parte ninguna; el protagonista, es un muñeco de cartón que no deja en el espíritu huella alguna, y en cuanto a la observación, más le valiera al señor Mata no haber salido de su *Agencia para observar* las cosas que en la novela nos describe.

El baile del Teatro Real está pintado tal y como

nos figuramos esa clase de fiestas a los quince años, cuando apenas hemos visto el mundo por la cerradura del cuarto de la criada, con el champaña desbordándose por encima de la barandilla de los palcos, las mujeres encendidas de lujuria y los hombres borrachos de placer en sus brazos.

No, señor Mata, un baile no es nada de eso. Sin duda alguna lo soñó usted; después de comerse un plato de callos en *La Central* con los queridos compañeros de redacción. Usted no ha visto un baile, y si lo ha visto, no lo ha observado, no se ha sentido usted observador en la forma en que debe sentirse un caballero a quien después se le da la alternativa de novelista.

Y a la altura de esa página *vivida*, están todas las demás: los diálogos interminables entre todos los personajes del libro, que no dicen más que vaciedades, tonterías, frases hechas y perogrulladas; los *cuadros de costumbres* (¡¡!!) con los que el señor Mata quiere sentar plaza de hombre que *sabe ver*, y según los cuales, maldita la idea que podrá tener de Madrid quien no lo haya visto nunca; los *desplantes* de melodrama comprimido de aquellas *surripantas* imposibles en las que no hay nada real, ni humano, ni mucho menos artístico; el final de la novela, inverosímil, falso, ridículo, cursi elevado al cubo, y *rematado* con este bonito juego de palabras:

«—¡Qué falta te hace llegar si ya has llegado!»
¡Por Dios, señor Mata! Eso de los que han llegado y los que quieren llegar está bastante pasadito de moda y apenas causaría efecto en Cuenca.

Este es el primer premio del certamen, juzgado

en conjunto. En detalle, puedo asegurar que el señor Mata no sabe gramática, aunque el jurado que lo premió piense todo lo contrario; los *te se* y los *me se*, el *le* confundido con el *lo*, la supresión de preposiciones, el abuso de los galicismos y aun de los barbarismos, junto con la propensión (muy natural en un redactor de agencia telegráfica) a contar las cosas como si escribiese un despacho con las últimas noticias de la guerra, constituye lo que se podría llamar *el detalle* de la novela... ó de lo que sea, porque ese engendro no tiene fácil calificación!

Después de todo, nadie puede negar al señor Mata su derecho a escribir libros malos. Lo que sí debemos exigir al tribunal por cuyas manos ha de pasar, es buen sentido, suficiencia literaria, discreción y pulso, porque de no reunir ninguna de estas cualidades, puede suceder lo que ahora ha sucedido: que don Benito Pérez Galdós ha dado la alternativa de novelista a un caballero que no sabe lo que se pesca. Y la verdad, señores, visto este resultado, tenemos derecho a negar al autor de *Gloria* su buen nombre de escritor; a creer que el señor Gómez de Baquero, crítico de *El Imparcial*, no ha visto la Gramática ni por el forro, pues que no se fijó en las muchas barbaridades gramaticales que contiene «Ganarás el pan...»; a calificar al señor Maeztu de sociólogo a la vinagreta; a pedir la destitución del señor Benito de su cargo de vicerrector de una universidad, a decir al señor Perés que es un poeta peor que Cavestany y a advertir al señor Henrich que con directores de Biblioteca como el señor Valentí Camp, la de Novelistas del siglo XX corre peligro de naufragio. Y si esto parece injusto, que lea quien tenga sentido común la novela del señor Mata, y diga después si los jurados que la premieron (perfectos caballeros en su intimidad) no han quedado en lo público de su misión calificadora a la altura de una colilla.

¿Habrá que poner otra vez sobre el tapete el amargo tema de las reputaciones adquiridas?

El mamotreto del señor Mata fué terminado el 30 de Septiembre último, día en que espiró el primer plazo concedido para la admisión de originales. Por consiguiente entró en el concurso, gracias a la prórroga que luego concedieron.

¡Y pensar que, si no es por esa prórroga, nos quedamos sin conocer a don Pedro Mata!

El Abate Cachupín.

¡Siempre!

No te aflijas, mi bien, si es imposible nuestra felicidad,
¡todavía nos queda para amarnos toda una eternidad!

Un día, no lejano, moriremos;
nuestros cuerpos caerán;
y al volar nuestras almas por los mundos las dos se buscarán.

Átomos de nosotros, de mil sercs
las formas tomarán:
seremos mariposas y gusanos
que se conocerán.

Y en lugar de decirme que me quieres
con tu voz nada más,
como tendrás entonces mil acentos,
con mil me lo dirás.

Toda una eternidad por esos mundos
nuestros cuerpos irán;
pero aunque sean seres muy pequeños,
todos se buscarán.

Compara un solo beso de tus labios
con los que me darás,
con esos labios mil, todos amores
que para mí tendrás.

Por todas partes en donde haya vida
las nuestras correrán
una en pos de otra, para darse abrazos
que a la vez se darán.

Donde quiera que te halle entre las nubes,
ó en el fondo del mar,
yo te diré en mi lengua:—¡Soy yo siempre
que te vengo a buscar!

Constantino Gil.

¡Se lució!

I

Hacia ya una semana que el infeliz religioso no dormía. Ni hacía por dormir. El recuerdo de aquel pecado tan grande, le perseguía á todas horas. El religioso no sabía cómo poder librarse del maldito recuerdo.

En otras ocasiones, durante su larga jornada por el camino de la religión, había encontrado consuelo para sus remordimientos en el ejercicio de las penitencias ordinarias; en macerarse la carne á disciplinazos sin contemplación alguna, hasta que la sangre, harta ya de tanta ignominia... y de tantos golpes, comenzaba á brotar por los poros de su cuerpo.

Pero aquella vez, ¡oh! aquella vez, no había cometido el religioso uno de esos pecados que fácilmente se castigan; el último había sido terrible, horrendo; para aquel pecado sí que no era fácil hallar penitencia bastante.

Y al fin sucedió lo que había de suceder necesariamente después de tantas noches de insomnio y de cavilaciones: al religioso se le metió en la cabeza que á aquel vil cuerpo, no podía castigarse apropiadamente; y que, según la justicia humana, cuando el delito es muy grave, no se conforma con la pena de encierro, él también debía considerar la maceración como muy poca cosa; así es que se condenó á muerte.

Y tan se condenó, que al siguiente día le encontraron colgado de una vigueta.

II

Nuestro héroe, libre ya de su envoltura carnal, y tranquilo como justo, que, si bien ha pecado, ha sabido también castigarse, llegó al tribunal de Dios; pero no le recibieron como él esperaba. ¡Quiá! ni mucho menos. Empezaron por calificarle de... de sui-

cida; después le dieron á entender con cierto disimulo, que había cometido una barbaridad, que... vamos... que no había sabido lo que se hacía. El alma era la responsable de todos los actos del cuerpo; el cuerpo no era más que un instrumento del alma, y lo único que el pobre religioso había logrado era matar el cuerpo que no tenía culpa ninguna. ¡Y no habersele ocurrido á él todo aquello!

Calló un instante. Pero comprendiendo en seguida que al no estar castigada aún el alma, tenía el infierno en las narices, exclamó dirigiéndose al Supremo Juez:

—¡Perdón, Señor, perdón! ¡Yo no quería que mi pecado quedase sin castigo! ¡Yo no encontraba una pena digna de tan grave culpa! Lo que yo quería era castigarme por aquel delito tan horrible!

—Bueno, pues yo te castigaré ahora, no tengas cuidado.

—¡Oh, Señor! ¡Yo pensé que la muerte era la pena más tremenda!

—El hombre no puede disponer de su vida. Además, ¿qué castigo le has impuesto al alma con tu suicidio? A quien castigaste fué al cuerpo, que es irresponsable siempre.

—Señor! Y entonces ¿por qué se le castiga con las disciplinas?

—Porque... porque, parece que no, pero al alma lo duelen los disciplinazos.

Angel Gabriel Otero.

DE CÓMO QUEDO EL HOMBRE HECHO CERDO

En cierta parte del mundo,
que aquí no importa la parte,

habitaba una hechicera que volvía en animales diferentes á los hombres: á unos lo hacía elefantes, á otros gatos, á otros perros, á otros tigres infernales, y á otros torpes lechones; en fin, cuanto la nadante arca de Noé encerró, ella tenía en dos corrales.

Llegó un hombre, que sabía el contrahechizo, al paraje en que estaba, y empezó con desenfado galante á ir desencantando hombres, que á sus formas naturales volvían, dando mil brinco del contento de librarse.

Contra uno á quien la forma de cochino abominable cubría, hizo gran fuerza con conjuros y ademanes por desencantarle; más porque no le desencanten lo que hacía era gruñir, andar hacia atrás y darle. El tal desencantador se mataba por librarle, mas el lechón del demonio le dijo, haciendo viajes: —Yo gusto de ser cochino es inútil que se canse.

X. X.

LOS RUSOS EN LA MANDCHURIA



UN DESTACAMENTO DE COSACOS

UNA VÍCTIMA



—El conflicto ruso-japones me ha hecho perder 10.000 duros!
—Claro; te empeñas en jugar a la «alta», cuando tú ya no debes más que jugar a la «baja.»

El diente de la condesa

Cerca del Parque Monceau existe una preciosa casita, que parece esconderse tras de una agrupación de clemátidas y donde habita una encantadora viuda de veintidós abríles, llamada la condesa de Viry.

La condesa tenía un constante compañero, un delicado perrito lanudo, muy blanco, al cual se le daba por único alimento un turrón de azúcar por la mañana y un bizcocho por la noche. El animal se llamaba Nilo.

Eran las cuatro de la tarde. Luisa estaba en su jardín paseando por entre los rosales y deteniéndose de cuando en cuando para aspirar el perfume de un botón recién abierto.

Niloseguía, jugueteando, á su ama, dando ladridos de contento.

A veces apretaba entre sus dientes la falda de la condesa, y cargándose sobre las patitas traseras, tiraba con todas sus fuerzas.

En medio de aquellos juegos, se presentó un día M. de Beauchamps.

La viudita, al verle, se escondió detrás de un arbusto.

Pero el recién llegado se dirigió hacia ella y la besó en la frente.

—¡Ah! M. de Beauchamps—exclamó la condesa.—Eso no está bien.

Luisa era de mediana estatura. Tenía manos y

pies muy pequeños, blancos hombros y cabellos muy negros. Sus dientes eran tan blancos, que cuando se reía brillaban como perlas. Era una viuda deliciosa.

Luisa se apoyó en el brazo de M. Beauchamps y se dirigieron á la antesala, seguidos de Nilo, que arrojaba miradas llenas de celos.

Luisa y su amigo se avenían tan bien, que habían determinado casarse. Sin embargo, cada uno de ellos tenía un defecto. M. de Beauchamps era celoso y la condesa de Viry coqueta.

—Luisa—dijo él,—me vas á arrastrar á la desesperación. Dices que me quieres, pero ¿cómo voy á creerlo, cuando veo que sonríes á todos tus admiradores? Cuando te veo en sociedad, tan llena de vida y de alegría, y escucho tu risa argentina entre un círculo de ardientes adoradores, no me es posible expresarte la tortura y la angustia que experimento.

—Pues ¿qué quieres que haga?—replica Luisa.—Soy alegre, es cierto; pero ¿es eso un crimen? ¿Y por qué he de mostrarme fría con aquellos que sólo se acercan á mí para dirigirme chicoleos?

—Tú eres una coquetuela, y tu risa me desespera; porque si tú ries así en contra de mis deseos, debe ser únicamente para enseñar tus dientes. Sabes perfectamente cuán hermosa estás, cuando al reír con un objeto determinado, echas hacia atrás tu cabeza y muestras tu precioso cuello alabastrino.

—¿Pero qué debo hacer para probarte mi cariño? Pideme lo que quieras, pero no me exijas que deje de reirme. Sólo soy feliz cuando estoy alegre y con libertad de estarlo.

M. Beauchamps se puso serio.

—Una noche me dijiste—exclamó con tono solemne—que por mí sacrificarías tu vida. No te pido tanto; pero escucha... ¿Quieres hacerme el hombre más dichoso de la tierra?

—No tienes más que hablar.

—¿Aun teniendo que sufrir?

—Sí, me decido á todo.

—Bueno, pues sacrifica un diente por mí.

—¡Qué me pides! ¡Eso es una barbaridad!

—Solo un diente; el más pequeño de delante. Y, después,

puedes reírte cuanto gustes. Ya ves que pido poco.

—Creerás que estoy fea y ya no me querrás.

—Te juro que sólo así asegurarás mi felicidad.

—Bien; todo lo sacrifico por tu amor.

La condesa tocó el timbre. Juan, su criado, reci-

bió sus órdenes, y regresó un cuarto de hora más tarde con un dentista.

—¿Quién es este señor?—preguntó Beauchamps.

—Es James, el dentista—contestó la condesa.

La condesita entró en su tocador seguida de Nilo.

NUESTROS PORDIOSEROS



—Una limosnita, para ayuda de un pan de nueve libras...

Luisa regresó al poco rato, avergonzada y humillada, y entregó á M. de Beauchamps un diente, blanco como la leche, que él besó con delirio.

Luisa, al ver este tributo de afecto, echó á correr. M. de Beauchamps mandó colocar el diente en un medallón que llevaba colgado al cuello.

Desde aquel día la condesita se puso muy triste. Se retiró hasta donde fué posible de la sociedad; pero cuando se veía obligada por sus deberes sociales á presentarse ante sus amigas, lo veían mantenerse separada de ellas, ó sentada en un rincón, muy seria y con la boca cerrada.

—¡Pobre condesa!—decían algunos mal intencionados.—¡Qué cambiada está!

Y de Beauchamps sentía que su cariño disminuía. Parecía que comenzaba á comprender que lo que más amaba en ella era especialmente su sonrisa, sus chanzas, su alegría, y se puso triste también.

Un día, ya desesperado, fué á ver á la condesa.

—Luisa, ¿me amas todavía?

—He jurado amarte siempre—contestó.

—¿Quieres probármelo?

—No deseo otra cosa.

—Bueno; entonces, si me quieres, haz que el dentista te ponga un diente postizo.

—¡Qué locura!—dijo Luisa sollozando.—Tenía yo razón cuando te dije que me dejarías de querer.

—Luisa, perdóname. Maldigo mis celos.

—Según eso, realmente deploras la debilidad con que accedí á tu capricho.

—Estoy desolado y arrepentido.

—¿Serías feliz si tu hubiera desobedecido?

—Daría cualquier cosa por ello.

La condesita soltó una carcajada, enseñando todos sus dientes completos.

—¿Qué significa esto?—preguntó M. de Beauchamps, teniendo entre sus dedos el medallón.

La condesa abrió el hocico del perro y dijo:

—He aquí la víctima.

—¡Oh!—exclamó tristemente M. de Beauchamps.

—Nunca me has querido!

Paul Bourget.



—¡Fru-frú, fru-frú!...

ENTRE CAPITALISTAS



que se publica en París, le timaron el domingo mil pesetas en Madrid; y aunque del timo dió cuenta al gobernador civil y trató la policía el paradero inquirir del timador, el franchute se ha quedado sin las mil.

Que á ese Merlin le robasen me ha extrañado mucho á mí, pues, teniendo ese apellido, era fácil presumir que no se chupara el dedo, pues siempre decir oí: «ese es un hombre muy listo y sabe más que Merlin.»

Pero el tal monsieur Adolphe, aunque se apellida así, será un Merlin papanatas; debe ser un infeliz.

El Ayuntamiento de Barcelona anuncia una su- basta para la adquisición de adoquines y semi-ado- quines.

Yo creo que en eso de los adoquines no caben dis- tingos, ó se es adoquín completo ó no.

Ser semi-adoquín resulta una cosa rara, que sólo en el Ayuntamiento conocen.

Y cuando se piden semi-adoquines, es porque los concejales republicanos, no cumplen bien su co- metido.

Montero Ríos se distancia políticamente de Cana- lejas. ¡Adiós Tribuna, digo, tribuno grandilocuente!

Lo sentimos por la juventud democrática barce- lonesa que ha ido á Madrid, y volverá con el rabo entre piernas.

No les queda más remedio á esos muchachos que fundar la juventud japonesa. A ver si da algo.

Porque, ahora Canalejas, no puede dar peras.

Publicaciones recibidas

Ganará el pan... Novela sensacional escrita por unanimidad por Pérez Galdós, Gómez de Baquero, Maeztu, Benito y Perés, Valentí Camp y otros au- tores; premiada con tres pesetas en el concurso de la casa Henrich por un jurado presidido por don Pedro Mata, de la Agencia Fabra.

Precio: Dos mil quinientas pesetas.

Imprenta y estereotipia de la casa editorial SOPENA calle de Valencia, 275 y 277.—Barcelona Impreso en máquina rotativa á dos colores, de J. DERRIER Tintas de CH. LORILLEUX.

Concurso de FIGARO

La Empresa de este periódico abre un nuevo concurso entre sus lectores para otorgarles tres premios por valor de

MIL PESETAS

FIGARO desea que todos sus lectores puedan tomar parte en este segundo concurso, que tiene la ventaja de ser tan fácil como el anterior, con la sola diferencia de que nuestros lectores tendrán derecho á tres pre- mios.

- El que acierte el número del primer premio de la Lotería Nacional que se celebrará en fin de Febrero, tendrá derecho á 500 pesetas.
El que acierte el número del segundo premio. 300
Y el que acierte el número del tercer premio. 200

En el caso de que fuesen varios los que acertasen los premios, éstos se otorgarán por sorteo ó prorrateo

BASES PARA ESTE CONCURSO

- 1.º Cada comprador ó suscriptor de FIGARO podrá enviar al concurso tres números distintos; pero para facilitar los trabajos de selección es absolutamente preciso que los tres números sean de un mismo millar.
2.º Los números deberán escribirse precisamente en el boletín inserto en esta plana, además de ellos se escribirá en el mismo boletín el nombre y dirección del concursante, hecho lo cual deberá recortarse y enviarnoslo, convenientemente franqueado, poniendo para dirección solamente.
3.º Todo boletín con enmienda ó raspadura será nulo. En cada sobre pueden enviar todos los cupones que se deseen, ya sean éstos de uno ó más concursantes, ó de un ejemplar ó varios ejemplares de un mismo número de FIGARO, como igualmente pueden remitirse en un solo sobre los cupones correspondientes al mes, siempre que se reciban antes de la fecha señalada para la entrega al notario.
4.º Nuestros lectores de Barcelona, pueden entregarnos personalmente sus boletines ó depositarlos en nuestro buzón, Valencia, 277.
5.º El día 27 de Febrero entregaremos, en paquete cerrado y lacrado, al Notario del Ilustre Colegio de Barcelona, don José Surribas y Biera, habitante en la calle Vergara, 12, 2.º, 2.º, los boletines que hayamos recibido hasta las diez de la mañana de la citada fecha; y el día 2 del mes de Marzo, el Notario, á presencia de testigos, procederá á la apertura del paquete y adjudicación de los premios á los agraciados.
6.º Si ninguno de los concursantes acierta el número de los premios mayores, éstos se otorgarán á los que en más ó en menos se hayan aproximado. Si dos ó más concursantes hubieren acertado, se verificará ante el Notario un sorteo entre ellos para adjudicar los premios á los que la suerte designe.
ADVERTENCIAS IMPORTANTES.—Los cupones pueden ser remitidos directamente á esta empresa, según consta en la base número 2, ó entregarlos á los corresponsales administrativos de las plazas donde se vende FIGARO, para que dichos señores nos los envíen todos juntos con la suficiente anticipación al día de entrega al notario.
Como á esta empresa le es completamente igual distribuir los premios por sorteo ó prorrateo entre los que coincidan, se suplica contes: en en el capón á la pregunta que se hace, para proceder con arreglo á los deseos de los agraciados.

X.

ELTOS

La tan terrible conflagración europea está en puerta, y, como de costumbre, España será la que pague los vidrios rotos de todo este belén, que maldito lo que nos importa.

Suerte que el Gobierno vela por nosotros, y ha ordenado la movilización de tropas.

Según he leído, se mandan dos compañías á Teruel.

Por lo visto se teme que el día menos pensado se presente una escuadra japonesa en Teruel y nos coja desprevenidos como á los rusos en Port-Arthur.

Más vale ser previsores.

A un periodista francés, monsieur Adolphe Merlin, corresponsal de un periódico

Segundo concurso de FIGARO
1000 PESETAS EN TRES PREMIOS.— Véanse bases, en esta página.
Núm. () Escribese aquí en letra
Núm. () Escribese aquí en letra
Núm. () Escribese aquí en letra
D. residente en
provincia de calle núm.
Caso de ser usted agraciado coincidiendo con otros concursantes, ¿desea usted sorteo ó prorrateo?

DESPUÉS DEL CONCURSO



—¿Y cómo se las compuso usted para escribir la obra?
 —Hice como la generalidad; escribir con los pies.

FOTOGRAFÍAS

del natural para artistas. Cien pequeñas fotografías y una **Salón** se envían á quien mande **Pesetas 5**, en sellos á **S. Recknagel Nachf.**

MÜNCHEN. I. (Alemania)

Taller de Fotograbado de *

Casa fundada en 1876

M. JOARIZTI

Consejo de Ciento, 289 y Universidad, 19

* **BARCELONA**

PEDID EN TODAS PARTES

EL

Papel de fumar **LERROUX**

Depósito: Pasaje Domingo, 1

BARCELONA